

LA MUJER DE CAMPO

EN ninguna parte como aquí en estos países de Sud América, puede ser más cierto aquello de que "el vivo vive del zonzo, y el zonzo de su trabajo". Como que sólo se instruye y no se educa; como que se descuida o se cuida mal de la producción; como que las materias primas y las riquezas naturales se explotan apenas, apenas mejor que cuando se cambiaban pepitas de oro por cuentas de vidrio con virginal candidez; como que todo sube, y sube más; que todo la idea de que estamos muy adelantados, basándonos en nuestras instituciones escritas con la misma razón con que podría uno basarse en el corte de su ropa para denotar su distinción. Resulta que mientras los buenos paisanos están privados de todo para cuidar de las procreaciones vacunas y ovinas, que son la fuente esencial de nuestra riqueza, nosotros nos damos un corte bárbaro con nuestros progresos y conquistas.

La mujer rural, entre tanto, es paria. Nadie se ocupa de su suerte, con tener ella a su cargo la suerte del país, como madre, como esposa.

No es que se caracterice la mujer rural por el trabajo, — ojalá fuese así, para ella y para el país! — es al contrario; ella se caracteriza por su absoluta pasividad: nada hace. Pero, lo que no se advierte es que si nada hace: es porque nada puede hacer, frente al olvido, al abandono, al desamparo completo en que vive. Ni siquiera es compasible su situación, por cuanto ella ha llegado a tal extremo de inercia, que no siente estímulos, no tiene necesidades, ni aspiraciones. Y nosotros, engeñecidos por nuestra inconsciencia, más que coactos por nuestra incuria, arreglamos nuestras cuentas con ella, diciendo henchidos de suficiencia y decoro: ¡qué haraganas, por Dios, qué haraganas! Las señoras, en tanto que se abanicán, repiten: ¡qué haraganas, por Dios, qué haraganas!, y miran de reojo al caballero que limpia sus gafas con dignidad, para saber qué efecto le ha producido su coro al trabajo, a la hacendosidad.

Y bien: a pesar de esa pasividad más que musulmana, es la mujer de campo uno de los grandes soportes de la economía nacional, puesto que coadyuva en la obra ruda y triste del padre, del esposo, del hermano que vivir sin consumir, en una sobriedad capaz de ruborizar a un laccedemonio, cuidando de las majadas y de los rodeos: maravilla

los sustentáculos de nuestra soberbia de "nouveaux-riches".

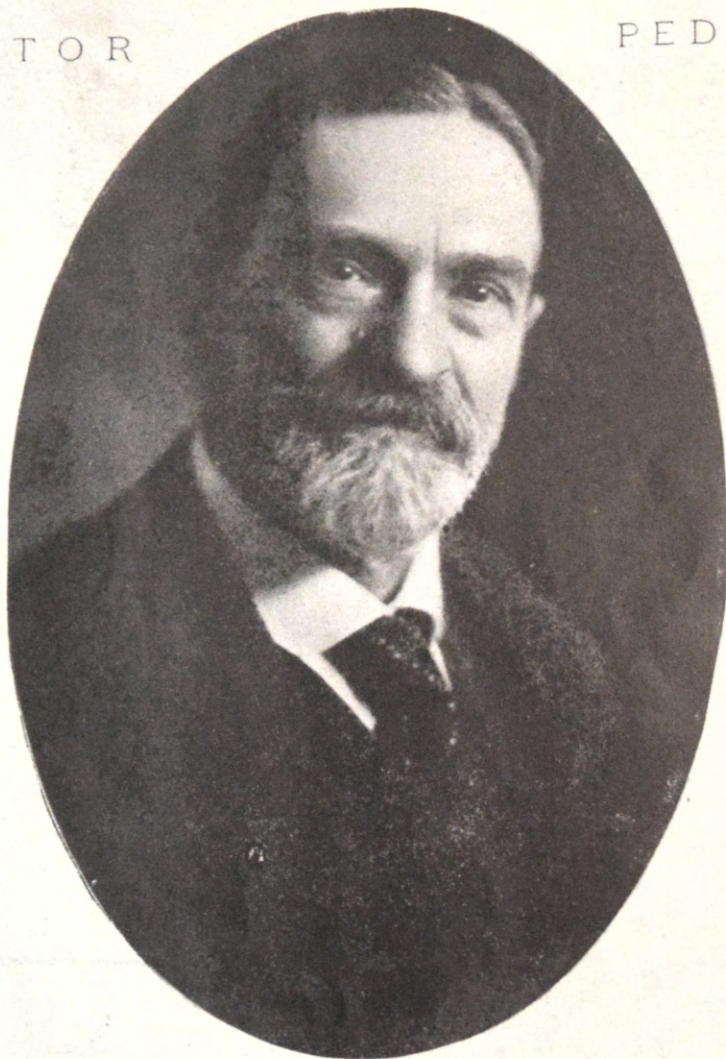
No es decible la ofuscación que se requiere para alardear de nuestras conquistas, y hacer ampulosas proclamas en los teatros, en los cines y los clubs, mientras se desarrolla esa cinta en nuestra campaña, lenta, monótona, infecunda, aplastante, triste como un mugido! Y acaso sea porque no hay motivo sentimental de compasión, porque no se puede ejercer ese espíritu de caridad, — que es el orgullo más fundamentado de nuestra raza, — acaso por eso no acudimos a formar comisiones y patronatos, como se forman para todo, hasta para socorrer a las víctimas de las antipodas; pero, si se formase conciencia, — y ahí está la misión de los dirigentes, — entonces se comprendería que por conveniencia debemos atender esa fuerza, esa fuerza prolífica excelente, para aumentar nuestra riqueza y bienestar, para pavonearnos en los clubs, en los cines y teatros. Y, después de todo, si la caridad es un estímulo para agitarnos, no ha de dejar de serlo la conveniencia. ¡Arriba, pues!

Tampoco cabe duda de que si atendiésemos adecuadamente ese enorme renglón, aumentaría nuestra riqueza y eficiencia como nuestra cultura, y hasta vivirían mejor los vivos, los que viven del trabajo de los zonzos.

Buenos Aires, Noviembre de 1924.

EL AMBIENTE

NO ha desaparecido aún de estos medios sociales el concepto de provisional y transitorio que tiene nuestra existencia en América, o sea, el concepto colonial. Vivimos aquí, pensando en hacer una serie de viajes a Europa, cuando no uno definitivo de establecimiento, para disfrutar de aquellas civilizaciones, que conocemos por los libros, las revistas y los relatos, cuando no por algún viaje propio. Esto perjudica mucho al terruño, puesto que no nos aplicamos a mejorarlo y a elevar los niveles de la cultura general; y



Dr. PEDRO FIGARI

además, tal cosa nos desequilibra, — puesto que nos quita el aplomo que sólo puede determinar la identificación del organismo a su ambiente, — colocándonos en una situación inestable, insegura e infecunda.

Hay que amar el ambiente, como hay que amar la casa, para bien vivir. Pero esto sólo puede engendrarse cuando uno ha hecho todo lo posible para poner una y otra cosa en condiciones felices. Apenas se advierte su insuficiencia, viene la idea de emigrar, como viene la idea de ir al café, o al club, cuando la casa propia no nos es agradable.

El primer signo de inteligencia lo denuncia el deseo de mejorar las condiciones de la vida. Tal beneficio no puede obtenerse si aquel deseo, — que es una aspiración superior, — no se advierte, o no se halla sabiamente manifestado. Y, digase lo que se quiera, si se ve la ambición de embellecer las metrópolis, ella no se ofrece en el sentido de atender las necesidades públicas, no hablemos ya de la campaña, que parece ser inexistente, con ser tan esencial. Así, por ejemplo, la instrucción pública se encara como simple fundación y funcionamiento de escuelas, dentro de tipos exóticos, sin saber si así son fructuosas, o, por lo menos, sin averiguar si lo son todo lo que pueden serlo. Lo propio ocurre con otras instituciones, que nos dan la idea de que hay tales y cuales servicios atendidos, cuando vemos las fachadas, y, particularmente, cuando se siente la dura carga del presupuesto. Esto es conformarse con simples apariencias; nada más.

¡Qué otra cosa ocurriría si se viese cada cual, por fuera de sus ocupaciones ordinarias, preocupado de estimular las iniciativas tendientes a elevar las condiciones morales y materiales de todas las zonas del país!...

Apenas se pensara que es el ambiente lo que más puede hacernos amable y superior la vida, y no sólo la fortuna o la posición política o administrativa, ya se vería arrimar esfuerzos de ordenamiento y de cultivación para crear el oasis de reparación que se demanda tanto en una vida áspera, inquietante, insatisfecha por una ideología que se alimenta del espejismo eterno de la victoria electoral según es la de estos países. Se viviría, por lo menos, mientras que, de esta manera, puede decirse que se honora la existencia a base de puras quimeras.

Y todo esto es lo que determina la indiferencia, la insensibilidad fría, con que se considera el esfuerzo de los que bregan por otros ideales, por algo más.

Buenos Aires, Noviembre de 1924.

